

o con polo dominante intercambiable” (190). Las agudas acotaciones de Reisz me hicieron pensar en los poemas de amor de un gran poeta fallecido hace poco, Roberto Juarroz. En la poesía del argentino las identidades no están marcadas con nombres propios ni adjetivaciones diferenciadoras, como cuando ya lo decía en su *Primera poesía vertical*: “...el amor es simplemente eso:/la forma del comienzo/tercamente escondida/detrás de los finales”. Reisz acierta en ubicar el sexismo arraigado en la cultura hispánica en el mismo discurso periodístico del poeta para destacar la naturaleza “crítica” de la poesía vallejiana en contraste con las lecturas canónicas del poema en cuestión. Justamente el discurso de Reisz se presta a una toma de posiciones, en mi caso por ejemplo, como lector masculino-puesto-a-prueba, en las que me he visto obligado a marcar mi admiración por una femineidad no convencional y a atreverme a pasar la frontera de los roles tradicionales, para poder escuchar esa voz que se recoge en esta colección de ensayos. Esa voz plural proviene de una otredad que no me es ajena, que está muy presente en mi experiencia de solidaridad y de haberme puesto en el pellejo de esa sensibilidad rebelde, de la que puedo aprender a distanciarme de lo que ya he internalizado como agente dominante a nivel discursivo, gramatical y genérico.

Por supuesto, el panorama de la poesía femenina en Hispanoamérica es mucho más amplio que el presentado por Reisz; ella misma es consciente de los límites de su estudio; ello no quiere decir nada, pues el mérito reside en abrir camino para otros estudios. Por ejemplo, yo mismo estoy trabajando sobre cómo las poetisas encuentran en la naturaleza una energía clave para su empeño de hallar la voz propia, como lo atestigua la poesía de Dulce María Loyanz, Gioconda Belli, Lilianet Bintrup, María Fernanda Espinosa, Dolores Castro, Luz Lescure entre muchas otras. Definitivamente también en el campo de la crítica hay muchísimo que hacer y el trabajo de Reisz

es un humilde pero ya valioso comienzo alentador.

Roberto Fornis-Broggi
Mesa State College

Jorge Marcone. *La oralidad escrita. Sobre la reivindicación y re-inscripción del discurso oral*. Lima: Universidad Católica del Perú, 1997.

Se trata de un libro polémico. A mi parecer, de uno de los libros de teoría más polémicos de los que se han producido por un autor peruano. Y lo siento así, no solamente porque –desde la teoría literaria– nos encontramos poco acostumbrados a ello sino, sobre todo, por la seriedad de sus intenciones y por la solidez de sus propuestas. Jorge Marcone ha realizado una investigación que marca desde ya un hito en los estudios de oralidad y de teoría crítica en el país. Y lo marca, más allá de sus conclusiones, por la conciencia teórica que genera y por el propio debate que propone, vale decir, por la oralidad posterior a su lectura.

Desde el post-estructuralismo, el libro intenta deconstruir las categorías teóricas relacionadas con la oposición oralidad/escritura a partir de los presupuestos epistemológicos en que ellas se sustentan y de los problemas textuales que traen consigo las inscripciones de textos orales en textos escritos. El objetivo del libro no consiste en verificar y alabar la presencia de la oralidad en algunas novelas de la última literatura peruana sino en preguntarse por qué esa representación de lo oral está ahí, cómo funciona y a qué tipo de necesidad discursiva –de ideología social– puede estar respondiendo. Se trata, desde la reflexión crítica, de subrayar cómo la cultura escrita necesita “inventar” o “construir” una oralidad ficticia para desde allí cumplir algunos objetivos: recrearse a sí misma como poder frente a lo oral, autocelebrarse ontológicamente y ejercer un mayor poder textual (y extratextual).

En este libro, Marcone combina la discusión teórica con los “estudios de caso”. No hay sin embargo una división tradicional entre la teoría y el estudio concreto, en tanto la discusión teórica siempre parte de las preguntas acerca de las prácticas en las que el descubrimiento (y la apología) de la oralidad se ha desarrollado. De esta manera, se constatan básicamente dos tipos de prácticas textuales: la transcripción de tradiciones orales en textos escritos y la creciente oralización del texto novelístico. Al verificar que muchos de los estudios sobre la oralidad parten de estas fuentes —ambas escritas— el autor propone unas preguntas epistemológica: ¿es posible conocer la oralidad a través de la escritura? ¿Qué problemas suceden de la conversión, transcripción, de un texto oral a uno escrito? ¿Qué tipo de ideología se encuentra detrás de la celebración de la oralidad en tanto discurso distinto del escrito pero de alguna manera dependiente de él?

Después de discutir con otros teóricos, el libro concluye con una afirmación tajante: tanto la “inscripción de la oralidad” en textos escritos como la “oralización de la escritura” son construcciones ideológicas con un interés político que hay que desentrañar. Ambos ejercicios —afirma Marcone— están destinados a reforzar el concepto de escritura y no el de oralidad. La oralidad, lo oral, —si es que esto existe— no puede entrar en un texto escrito puesto que “lo oral” no es solamente un “acto de habla” sino un “evento” transversalmente histórico donde participan otras variables que se resisten a la escritura y que difícilmente pueden ingresar en ella: el sujeto productor, el contexto, las características extralingüísticas de la comunicación, los receptores, etc.

De esta manera, Marcone afirma que las transcripciones orales mutilan el texto oral y eliminan de la representación textual justamente “lo oral” que se entiende que se encuentra más en un sujeto y en un contexto determinado que en el propio texto producido. Al inscribir el texto oral en un papel se está descontextualizando el evento so-

cial y por lo mismo se están introduciendo dos mediaciones ideológicamente cargadas: un nuevo contexto, el contexto en el que se realiza la transcripción y un nuevo sujeto, el sujeto transcriptor que inevitablemente realiza su tarea con una serie de intenciones, determinantes y presupuestos.

En mi opinión, el problema del libro radica en que a falta de encontrar soluciones al problema de las mediaciones, Marcone opta por afirmaciones teóricas muy discutibles por su radicalidad y por un cierto carácter de sentencia final. Al enfrentarse a la inscripción (o transcripción) de textos orales en textos escritos, el autor concluye lo siguiente:

La inscripción de un discurso oral es la inserción de un acto comunicativo en otro acto comunicativo, con su propia motivación y consecuencias que le son particulares y que no sólo trascienden al discurso oral citado sino que en estas el discurso oral *adquiere* otra significación. (p.70)

He enfatizado la palabra *adquiere* porque me parece que en ella el autor resume sus conclusiones y sus ideas al respecto. Para Marcone, la transcripción de tradiciones orales es un hecho ficticio —e inútil políticamente hablando— porque la introducción de mediaciones no hace sino transformarlo completamente en distintos niveles. Casi como por un “acto de magia”, las palabras de un narrador oral en una grabadora, al ser transcritas al papel, dejaron de ser las palabras de ese narrador oral y se convirtieron en las de otro. Según el argumento del libro, nada de ellas —ni su forma, ni su enunciación, ni su significado, nada— puede ingresar al papel. Al transcribir o convertir el texto oral en uno escrito, el nuevo contexto de la enunciación (es decir, el contexto en el que se realiza la transcripción) y el nuevo sujeto enunciante (el transcriptor) cambian el texto oral aunque, como dice el autor, no se modifique ninguna palabra del texto original.

Desde mi punto de vista, la radicalidad consiste en afirmar el cambio, más que el valor añadido. Para la crítica marxista, el problema de la deconstrucción consiste en que al textua-

lizar toda la realidad se pierde contacto con una materialidad que si bien puede estar ideológicamente cargada y a la que sólo podemos acceder a través del lenguaje no por ello deja de ser materialidad. Pienso que el problema del libro se encuentra por ese lado y que cae en un escepticismo que no sólo termina cuestionando el problema de las literaturas orales, sino otros, como los de las fuentes etnohistóricas y el conocimiento del pasado.

Aunque desde la teoría crítica es todavía difícil encontrar soluciones a los problemas que Marcone plantea, creo en la posibilidad de investigar a partir de dos derroteros. Uno, el de los valores añadidos, es decir, el de la variación ideológica y contextual de los textos. Y dos, el de la recepción de las transcripciones, es decir, el de los efectos políticos de las mediaciones. Aunque se trate de textos orales que se han vuelto escritos, ahí están los lectores para imaginar los eventos y para participar en ellos, a veces transgrediéndolos, desde sus propios espacios y desde sus propias experiencias. En este libro hay poco interés por el receptor y casi podría decirse que el autor lo entiende como un sujeto pasivo, que no es consciente de lo que sucede textualmente al transcribir la oralidad y de algunos otros problemas que el argumento del libro propone.

Para los que nos dedicamos a este campo —y estamos comprometidos con él— al libro de Marcone se le puede asignar dos lecturas o, mejor dicho, dos tipos de consecuencias: o es un libro que nos previene de la ingenuidad y nos obliga a continuar problematizando nuestras inquietudes, o se trata simplemente de un libro que nos paraliza y nos ha hecho caer en el ridículo. Desde la reflexión teórica, pienso que la escritura no es siempre esa especie de “rey midas” que todo lo que toca queda convertido en algo corrupto y distinto. Las funciones políticas de la escritura tienen que ver tanto con ella misma —con su capacidad (o incapacidad) para la representación— como con los cambios que pudieran haber fuera de ella (aunque por el momento no sepamos bien qué es eso que está “fue-

ra de ella”). Desde este inquietante y muy valioso libro, estoy convencido que Jorge Marcone lo ha escrito pensando, sintiendo, mucho más en la primera interpretación que en la segunda.

Victor Vich
Georgetown University

Cruz-Malavé, Arnaldo. “El primitivo implorante: El ‘sistema poético del mundo’ de José Lezama Lima”. Amsterdam & Atlanta: Rodopi, 1994.

¿Para qué sirve la literatura? En su respuesta a esta pregunta, Gilles Deleuze menciona al Marqués de Sade y a Masoch como ejemplos notables de la efectividad literaria. Para ellos, la literatura sirve para describir dos perversiones básicas. Este procedimiento se podría generalizar así: todos los escritores, libertinos o no, en el proceso de creación, de un modo u otro, juntan síntomas y, en efecto, crean un cuadro original, sea clínico o sea estético. “*El primitivo implorante: El ‘sistema poético del mundo’ de José Lezama Lima*” traza una compleja trayectoria de lectura de la obra del escritor cubano, que se podría definir como una historia de conversión del cuadro estético en el clínico, del signo en síntoma. Entramos en ella con la expectativa del goce estético. La dejamos, al terminar el libro, con renovado respeto hacia la concepción del ser humano, cultura, nación y naturaleza que nos ofrecen los textos de Lezama Lima.

El objetivo del estudio, tal como lo define el autor, es rescatar la tensión entre dos impulsos contradictorios en los textos de Lezama: la tendencia, por una parte, hacia la totalización y, por otra, hacia la multiplicidad. Dicho de otra forma, el objetivo es analizar momentos en los que “el intento lezamiano de teleología se levanta para luego diseminarse” (133). El análisis, denso pero claro, se desarrolla alrededor de los “campos de conflictos de sentido” (el término que Cruz-Malavé toma prestado de Macherey) en los que